



INTI RAYMI

WE TRIPANTU



El comienzo de un nuevo tiempo

El Inti Raymi, el Willka Kuti y el We Tripantu expresan una gran sabiduría ancestral. Tras la noche más larga, el regreso del Sol anuncia un nuevo ciclo de vida, memoria y renovación para los Pueblos del Sur.





WE TRIPANTÜ: EL REGRESO DEL SOL Y EL RENACER DE LA VIDA EN LA COSMOVIVENCIA MAPUCHE

Cada año, entre el 21 y el 24 de junio, distintos Pueblos Indígenas del hemisferio sur celebran el comienzo del solsticio de invierno, uno de los acontecimientos más significativos de su calendario espiritual y cultural. Para el Pueblo Mapuche, esta fecha se conoce como **We Tripantü** o **Wiñoy Tripantü**, una ceremonia ancestral que marca el inicio de un nuevo ciclo de vida, el retorno del Sol y la renovación de todas las fuerzas de la naturaleza.

En Mapuzungun, **We** significa nuevo, **Tripai** salir y **Antü** sol. Por eso, **We Tripantü** puede traducirse como “Año Nuevo” o “nueva salida del Sol”. A su vez, **Wiñoy** significa volver, de modo que **Wiñoy Tripantü** expresa la idea de que “vuelve a salir el Sol” o “vuelve el año”.

La celebración está estrechamente vinculada con los ciclos naturales. Durante el solsticio de invierno se produce la noche más larga y el día más corto del año. A partir de ese momento, la luz comienza a recuperar terreno y los días se vuelven progresivamente más extensos. Para las Comunidades Mapuche, este fenómeno simboliza el renacimiento de la vida, la renovación espiritual y la continuidad del vínculo entre las personas, la naturaleza y las fuerzas que sostienen el universo.

La sabiduría ancestral describe este proceso de manera sencilla y profunda. María Baigorria, integrante de la Comunidad Mapuche Cayupan, en Neuquén, explica que durante el **Wiñoy Tripantü** “se acorta la noche y se alarga el día”, recordando la expresión tradicional “**Kiñe trekan Achahual**”, “un tranco de gallina”, para señalar cómo cada jornada el

Sol avanza un poco más mientras la oscuridad retrocede.

La preparación para recibir el nuevo ciclo

Las antiguas celebraciones comenzaban la noche del 23 de junio. Las familias permanecían despiertas esperando la llegada del nuevo día y realizaban distintas acciones destinadas a dejar atrás todo aquello considerado negativo.

Ermelinda Painequeo, mujer Mapuche-Tehuelche, en Trelew, Chubut, recuerda que las familias limpiaban completamente sus viviendas y retiraban los objetos al exterior como símbolo de purificación. La intención era que el **We Tripantü** encontrara todo renovado.

Antes del amanecer, alrededor de las cinco de la mañana, se realizaba un baño con agua fría. Luego se utilizaba una piedra quemada llamada **Cañiñim**, cuyo polvo fino era colocado sobre el cuerpo como un acto simbólico de limpieza espiritual. Después de ello, las personas corrían por los mallines para combatir el frío y fortalecer el cuerpo.

La ceremonia continuaba con la rogativa o **Nguillatún**, momento en el que se encendía un fogón y se ofrecían alimentos al fuego. Pan, harina, yerba, trigo y otros productos eran compartidos con las fuerzas espirituales como expresión de gratitud. Más tarde llegaba la celebración comunitaria, que incluía comidas especiales y encuentros familiares.



“Sacábamos todo lo malo para que el We Tripantü encontrara todo nuevo”

El relato de Ermelinda Painequeo permite reconstruir cómo se vivía tradicionalmente el We Tripantü en muchas familias Mapuche. Sus recuerdos describen una ceremonia profundamente vinculada con la purificación, la renovación espiritual y el agradecimiento por la vida.

“Nosotros empezábamos todo a limpiar la casa, sacar todo lo que había dentro para sacudir lo malo y para que el We Tripantü lo trajera todo nuevo”, recuerda. Con las primeras horas de la madrugada llegaba uno de los momentos más significativos de la celebración. “A las cinco o seis de la mañana nos levantábamos para bañarnos con agua fría”, relata. Después del baño utilizaban el Cañiñim, una piedra que se quemaba en el fuego y que, al convertirse en un polvo fino similar al talco, era colocada sobre el cuerpo como símbolo de purificación. “Lo poníamos en todo el cuerpo. Quedábamos todos blancos”, recuerda.

La ceremonia continuaba con una carrera por los mallines. “Corríamos para tener calor, para sacar el frío y para tener fuerza también”, explica, evocando aquellos amaneceres invernales en los que la Comunidad se preparaba físicamente para recibir el nuevo tiempo.

Más tarde llegaba la rogativa. Alrededor de un fogón se realizaban ofrendas con los alimentos disponibles. “Se echaba al fuego azúcar, yerba, pan, harina, todo lo que teníamos para comer. De todo un poquito”, cuenta. El gesto representaba un acto de gratitud y reciprocidad con las fuerzas espirituales y con la naturaleza.

La jornada culminaba con una gran celebración comunitaria. “Después se hacía la fiesta y comíamos de lo mejor. Antes carneaban animales y se compartía el asado”, recuerda Ermelinda, destacando el carácter colectivo de una ceremonia que no solo marca el regreso del Sol, sino también la renovación de los vínculos familiares y comunitarios.





La renovación espiritual y el despertar de la naturaleza

Para el Pueblo Mapuche, el We Tripantü no se limita a una fecha ceremonial. Constituye un momento de profunda reflexión sobre la relación entre los seres humanos y el entorno natural.

Según relatan los mayores, antes de la salida del Sol las personas acudían a esteros, mallines y ríos para realizar oraciones. Allí pedían al Gran Espíritu que alejara los malos augurios y purificara sus vidas. Al sumergirse en el agua se lavaban el rostro, las manos y los pies mientras pronunciaban palabras que expresaban la transformación interior:

“Ahora soy hombre nuevo, soy mujer nueva, tengo corazón nuevo, mente nueva, huesos nuevos”.

La renovación no se entiende únicamente desde lo humano. También involucra a toda la biodiversidad. Con el regreso gradual de la luz aparecen los brotes en los árboles, florecen las plantas, nacen nuevos animales y la naturaleza vuelve a desplegar toda su energía.

Desde esta perspectiva, el ser humano forma parte de un todo indivisible. El renacer de la tierra es también el renacer de las personas, de sus emociones, de sus pensamientos y de sus proyectos.

Una celebración que fortalece la identidad

Referentes y sabios Mapuche destacan que el We Tripantü ha recuperado fuerza durante las últimas décadas. Muchas Comunidades que habían visto debilitadas ciertas prácticas culturales han retomado esta celebración como una forma de fortalecer la identidad, transmitir conocimientos a las nuevas generaciones y reconstruir la memoria colectiva.

En ese sentido, la ceremonia representa también una oportunidad para reflexionar sobre la importancia de compartir, convivir y construir comunidad. La cultura



Mapuche se concibe como una cultura dinámica, basada en el encuentro, el diálogo y la reciprocidad.

Los mayores señalan la necesidad de que los jóvenes conozcan y valoren sus raíces, su historia y su lengua, al mismo tiempo que invitan a las personas no Mapuche - los **Winka**- a acercarse con respeto a esta sabiduría ancestral para comprenderla, valorarla y compartirla.

El significado ceremonial del We Tripantü

Las celebraciones actuales mantienen muchos de los elementos tradicionales. La noche del 23 de junio las familias se reúnen alrededor de un gran fogón para escuchar relatos, compartir alimentos y transmitir enseñanzas.

Al amanecer del 24 de junio, cuando aparecen los primeros rayos del **Antu**, se realizan rogativas y ofrendas a la **Mapu**, agradeciendo por lo recibido y solicitando bienestar para todos los seres vivos.



En lugares considerados sagrados, como **Leuvuco**, se invoca al **Vuta Chao** para que otorgue sabiduría a los **Lonkos** y fortalezca a las Comunidades. También se expresan buenos deseos mediante el saludo **Veli We Tripantu**.

Alrededor del **Rewe**, espacio ceremonial de gran importancia espiritual, resuenan las **Trutruacas** y el **Kultrun**, instrumentos que acompañan la bienvenida al Nuevo Sol y al nuevo ciclo que comienza.

Un tiempo de renovación para distintos pueblos

El mes de junio concentra otras celebraciones indígenas vinculadas al retorno del Sol y a la renovación de la vida. Entre ellas se encuentran el **Inti Raymi**, celebrado por los pueblos Quechua, Aymara y Huarpe, y el **Willkakuti**, conocido como el Año Nuevo Aymara.

Todas estas ceremonias comparten una misma esencia, que es agradecer a la naturaleza, reconocer la interdependencia entre los seres humanos y el universo, y celebrar la continuidad de la vida.

Como expresa Ange Valderrama Cayuman, el regreso del Sol recuerda que las personas forman parte de un gran entramado junto a animales, plantas, aguas, piedras y todas las formas de existencia. Desde esa mirada, el We Tripantü va más allá de un cambio de fecha; es el nuevo palpitar de la naturaleza y la invitación a comenzar nuevamente.

Cuando el Sol vuelve a avanzar después de la noche más larga, también renacen la esperanza, la memoria, la espiritualidad y la certeza de que cada ciclo trae consigo una nueva oportunidad para vivir en armonía con la **Ñuke Mapu** y con todos los seres que habitan el mundo.





RANKÜLES Y EL WE TRIPANTU



Por María Isabel Serraino – Víctorica, La Pampa

La denominada “conquista del desierto” dejó al Pueblo Rankül sumido en un gran mutismo. Pero, como la semilla del Caldén que necesita un tiempo, un proceso para poder germinar, el Pueblo Rankül volvió a germinar, volvió a decir presente y a recuperar la cosmovisión arrancada, su historia, su sistema de creencias, sus ritos y ceremonias. En este renacer, una de las celebraciones más significativa es la del We Tripantu o nuevo año. Una celebración que no es privativa de nuestro Pueblo, sino de muchas Comunidades en sur de nuestro país, y que, con las características o la impronta que cada Comunidad le ponga, se vuelve única. Mientras en el paisaje pareciera que todo muere, dentro del vientre de la Ñuke Mapu (Madre Tierra) empieza un ciclo de renovación, de preñez, que luego en la primavera estallará en colores, nacimientos y renovación del ciclo de la vida.

En la Comunidad Rankül Rosa Moreno Mariqueo, ubicada en la tierra de la capital Rankülina (Leuvuco), el We Tripantu no es un día más, sino el momento en que nos reunimos para gritar el dolor guardado por años, para recordar el rostro de nuestros antepasados y el de los hermanos que, en esta lucha por permanecer, emprendieron su camino a la luz. También es el momento de agradecer a la tierra, a buta chao, por el estar vivos. Es la ocasión para el reencuentro, la charla animada y los abrazos sinceros.

La celebración comienza a las 00.00 del día 21, las mujeres empiezan a tocar el kultrun y los hombres llamen al encuentro haciendo sonar las trutrukas. En círculo se espera el encendido del kütral (fuego). El fuego limpia, purifica, eleva nuestras súplicas, transmuta, nos encuentra con nuestros Kuivikeche y con aquellos que ascendieron al Küme Wenu (al buen cielo). Bailamos, nos reímos, hacemos vigilia para que ese fuego sagrado se mantenga prendido hasta el amanecer. En este momento nos reunimos frente al Rewe, despertando la Mapu con los pies al compás de los latidos del corazón, con gritos de arenga, se espera que Antu aparezca en el firmamento, portando toda su energía.

Es tiempo entonces de agradecer a la Mapu con sahumos, ofrendas y la alocución de los lonkos (jefes), los buenos deseos se hacen voz en los presentes y de dos en dos o de cuatro en cuatro se marcha en círculos alrededor del Rewe. Cuatro son las vueltas porque cuatro son los puntos cardinales, cuatro las estaciones del año, cuatro los elementos fundamentales, cuatro las estrellas de la cruz del sur, en cuatro se divide el ciclo del hombre, cuatro las fases de la luna...

En este nuevo año la Comunidad Rankül Rosa Moreno Mariqueo, les desea a Pu peñi, Pu lamghen, Küme We Tripantú. Que Butachao nos dé fortaleza, esperanza, alegría, solidaridad y mañun newen.



We Tripantu: el Año Nuevo Ranquel que celebra el renacer de la naturaleza

Mientras gran parte de la sociedad occidental asocia el inicio de un nuevo año con el mes de diciembre, como mencionamos anteriormente, los Pueblos Mapuche y Ranquel conmemoran el We Tripantu, una ceremonia ancestral que representa el comienzo de un nuevo ciclo de la naturaleza y de la vida.

Una enseñanza vigente para el mundo actual

Esta celebración invita a reflexionar sobre la relación que las sociedades contemporáneas mantienen con la naturaleza.

Mientras el modelo occidental suele privilegiar el aprovechamiento de los bienes naturales desde una lógica productiva y económica, la mirada Indígena propone una visión basada en el equilibrio, el respeto y la reciprocidad con el entorno.

Los Pueblos Indígenas consideran que el ser humano forma parte de un entramado mayor y que su bienestar depende de la armonía con todas las formas de vida que habitan el territorio.

En tiempos marcados por la crisis climática, la pérdida de biodiversidad y las crecientes problemáticas ambientales, esta mirada adquiere una renovada vigencia y plantea interrogantes sobre la necesidad de construir vínculos más responsables con la tierra.

Reconocimiento cultural y derechos indígenas

La conmemoración del Año Nuevo Ranquel y Mapuche constituye una oportunidad para visibilizar la identidad, la cultura y los derechos de los Pueblos Indígenas reconocidos por la Constitución Argentina.

Su historia, su espiritualidad y su organización comunitaria expresan la riqueza, la vitalidad, la belleza y la profundidad que ofrece a la humanidad la diversidad de culturas y forma parte de la Argentina Pluriétnica que somos.





Inti Raymi, cuando el sol regresa y la vida se renueva

Cada año, cuando el invierno comienza a instalarse en el hemisferio sur, los Pueblos Indígenas de la región andina vuelven a mirar hacia el horizonte con la misma expectativa que sus ancestros tuvieron siempre. Esperan el regreso del Sol...

Es la celebración de un nuevo ciclo de vida, de una renovación colectiva y de una forma particular de comprender el todo.

Cuenta María Zalazar, referente de la Comunidad Cacique Colchagual del Pueblo Huarpe:



“Recibimos al Año Nuevo en el ciclo de los Pueblos Indígenas, es una celebración muy cara a nuestro sentir de Pueblo Originario, especialmente en los corazones de los que aún cuidamos la naturaleza y nos sentimos parte de ella. Deseamos que el Gran Espíritu ancestral nos una a todos en este momento ya que, aunque no estemos juntos, sabemos lo que queremos y lo que pedimos cada uno.

Vamos a seguir estando y permitiendo a las nuevas generaciones vivir la riqueza de nuestra cultura, en nuestro caso, la del Pueblo Huarpe. Esta fecha significa la vida, significa estar, que la Madre Tierra nos quiere y quiere que estemos con ella.

Sigamos cuidándola, que en ese patio grande de la casa estemos todos sus hijos y la sigamos manteniendo como la mejor madre. Este día es para revivir momentos de emociones, recuerdos, enseñanzas de nuestros mayores y a la vez transmitirlas a las generaciones nuevas”.



“Nosotros empezamos a celebrar el solsticio por influencia de los abuelos Aymaras”

Cada año, cuando junio se acerca a sus días más fríos, las Comunidades Andinas vuelven la mirada hacia el cielo para esperar el momento especial del regreso del Sol. Ese instante es el comienzo de un nuevo tiempo. Así lo explica Marcelo Kala, integrante del Pueblo Omahuaca, al compartir el sentido profundo del Inti Raymi dentro del calendario ceremonial ancestral.

“El Inti Raymi se conoce como el año nuevo andino. ¿Por qué año nuevo? Porque es cuando comienza un nuevo ciclo de la naturaleza”, señala Kala. Su explicación remite a una concepción del tiempo muy diferente de la que domina actualmente en gran parte del mundo: “Nosotros ahora celebramos el año nuevo europeo que es en el solsticio de invierno allí. Por el calendario gregoriano impuesto, todo el orden cronológico de América se rige por ese calendario”, afirma.

Sin embargo, aclara que a lo largo de los siglos se produjeron encuentros y mezclas entre distintas tradiciones: “Aunque ha habido sincretismo en las celebraciones antiguas y las que corresponden al calendario cristiano”, explica. De hecho, en muchos lugares el Inti Raymi quedó asociado a festividades cristianas que se desarrollan en fechas cercanas: “El Inti Raymi es San Juan donde se hacen fogatas y velación toda la noche”, comenta.

Para Kala, la recuperación contemporánea de esta celebración está vinculada a un proceso de reencuentro con los saberes ancestrales: “Entonces nosotros empezamos a celebrar el solsticio por influencia de hermanos que han estudiado y los abuelos Aymaras que han venido a enseñar”, relata. Ese proceso permitió revitalizar prácticas que forman parte de una estructura ceremonial mucho más amplia.

“Esta celebración es parte del calendario ceremonial ritual. Principalmente se define por el sol. Solsticios y equinoccios”, explica. A partir de esos movimientos celestes se organiza una secuencia de ceremonias que

acompañan el ciclo anual de la naturaleza y la vida comunitaria.

Después del Inti Raymi llega la celebración de la Pachamama: “Pachamama donde se ofrenda para agradecer y pedir permiso para sembrar”, resume Marcelo. Luego, el 21 de septiembre, tiene lugar el Kolla Raymi: “De ahí Kolla Raymi, 21 de septiembre, fiesta de la luna, equinoccio de primavera”, detalla.

El ciclo continúa con la conmemoración de los difuntos: “Luego el día de los muertos, 1 de noviembre”, menciona. Más adelante, cuando el Sol alcanza su mayor presencia sobre el hemisferio sur, llega otra de las ceremonias fundamentales: “El 21 de diciembre Kapajintiraymi, la fiesta grande del sol, cuando el sol llega a su máximo esplendor y cercanía a este hemisferio”, explica.

La rueda ceremonial prosigue durante el otoño con otra festividad ancestral: “En otoño Poqoy Rami”, señala Kala. Finalmente, el calendario culmina con una fecha que también adquirió profundas resignificaciones históricas: “Y la última, 3 de mayo, fiesta de la cruz”.

En esta visión del mundo, los movimientos astronómicos están íntimamente ligados a la espiritualidad y a la organización de los territorios: “El norte regido por el sol, el sur por la luna”, reflexiona Kala. A partir de esa observación propone una posible explicación sobre las prácticas ceremoniales que lograron mantenerse con más fuerza en distintas regiones: “Tal vez por eso las ceremonias que aquí se arrancaron fueron las relacionadas con el mundo de abajo, la tierra y el agua. Pachamama, día de los muertos y ceremonia al agua”.

Aun así, recuerda que la memoria del Sol nunca desapareció completamente: “Aunque en algunos lugares se han mantenido el culto y los rituales al sol”, nos cuenta.

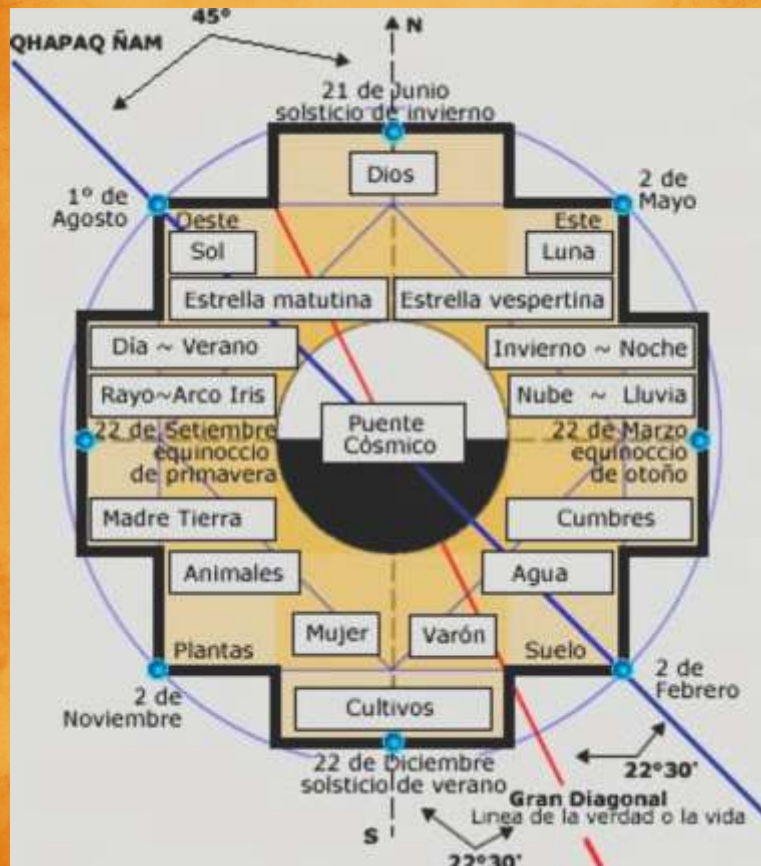




Cuando llega el tiempo del Inti Raymi, las Comunidades se preparan para recibir el nuevo ciclo siguiendo prácticas que conectan a las personas con los elementos y con sus antepasados: “Lo que nosotros hacemos es juntarnos el día 20, preparamos una ofrenda, mesa dulce, y la quemamos antes de la salida del sol”, relata Kala. La ceremonia acompaña el momento preciso en que la oscuridad comienza a retroceder y el astro retorna simbólicamente para iniciar una nueva etapa.

Lejos de tratarse de una celebración aislada, Marcelo Kala recuerda que estas prácticas formaban parte de una extensa red cultural que atravesaba gran parte de Sudamérica antes de la llegada de los europeos: “En realidad se realiza y se realizaba en todo el Tawantinsuyo”, destaca.

Así, el Inti Raymi aparece como la renovación del vínculo entre las personas y la naturaleza, la reafirmación de una memoria colectiva y comunitaria que sobrevivió a siglos de transformaciones y la continuidad de una forma ancestral de comprender el tiempo.



EL INICIO DE UN CICLO NUEVO EN EL WILLKA KUTI



Por Sofía Chipana Quispe, perteneciente al Pueblo Aymara

Este compartir parte de un anhelo profundo que busca conectarse con la fuerza del solsticio de invierno para los Pueblos ubicados en las territorialidades del Sur, que en Quechua y Aymara se denomina Willka Kuti, el regreso del sol naciente, que tiene diversos nombramientos, ya que en su noción cosmogónica se reconocen los cambios de los ciclos de la vida en las tierras y territorios.

Otro aspecto importante por considerar es que la fuerza de los solsticios y equinoccios ofrece energías y ritmos que propician cierres e inicios de ciclos que marcan el calendario agrícola y de las diversas formas de vida. Lo que conlleva otra comprensión del tiempo, no lineal sino cíclico, pues las historias se tejen a partir de fines e inicios de mundos.

En ese sentido, los Pueblos reconocían sabiamente períodos largos que marcaban el fin de un tiempo o la restauración del orden cósmico, como nos dejó entrever el Pueblo Maya, que avizoró en el 2012 el Oxlajuj B'aktun, el fin de un tiempo y el inicio de otro, que fue acompañado por diversas ritualidades que buscan restablecer los desequilibrios, y no de un fin del mundo. De la misma manera, en el contexto de los Pueblos Andinos se ubica el Pachakuti, que contiene dos sentidos divergentes y complementarios: catástrofe y renovación, que no necesariamente son provocados por un ciclo cósmico y sus interrelaciones, sino también por circunstancias antagónicas provocadas por el desequilibrio humano.

Aunque se considera que cada 500 años se propicia un Pachakuti, también es importante advertir que está presidido por desarmonías y rupturas en el tejido de la vida, que en Aymara se denomina awqa, un tiempo de confusión, violencia y pugnas de poder, que para muchos pueblos se ha dado de manera permanente en la memoria de la invasión y sometimiento colonial. El Pachakuti es percibido como un tiempo que precisa la regeneración de la vida a partir de la fuerza sanadora del tiempo primigenio, de la oscuridad fecunda, donde se empezó a gestar la vida, para renacer mirando el amanecer.

En el contexto desde el que se ofrece este compartir, parte de un tiempo en que los Pueblos Aymaras y Quechuas en Bolivia se posicionan pidiendo una forma de gobierno que no sólo los incluya, sino que los haga parte de la toma de decisiones respecto a la orientación





del Estado Plurinacional, considerando que desde la perspectiva comunal la autoridad es la que escucha y viabiliza los acuerdos, aspecto que no tiene eco en las nociones políticas coloniales, donde el que gobierna manda desde los intereses de las poblaciones que tienen el privilegio de considerarse ciudadanos.

El Willka Kuti, que ubica a los Pueblos Aymaras en un tiempo y espacio de 5534 años de memoria, revive la fuerza de las sabidurías ancestrales de los pueblos que han resistido y recreado su vida a partir de las raíces vivas que no pudieron matar. Que el tiempo y espacio del 21 de junio sea de plena conexión con la fuerza del sol naciente, que ofrece la plenitud de la vida para los Pueblos que intencionan los buenos vivires, la tierra sin males, la vida en armonía.





ENDEPA

EQUIPO NACIONAL DE PASTORAL ABORIGEN



Escaneá el QR para ingresar a nuestra web y acceder a más información.

www.endepa.org.ar



ENDEPA Nacional